

Newton Compton Editores

Título original: *The Stolen Twins*

© 2022, Shari J. Ryan. Publicado por primera vez en el Reino Unido por Bookouture (Storyfire Ltd.)

© 2024, de la traducción por Alicia Botella Juan

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-69-9

Código IBIC: FA

DL: B 8.165-2024

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Endoradisseny

Impreso en mayo de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Shari J. Ryan

Las hermanas de Auschwitz

Traducción de Alicia Botella Juan



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

*Para mi hermana Lori:
siempre nos tendremos la una a la otra*

PRÓLOGO

JULIO DE 1944

La mano de mi hermana se aferra a la mía. Tenemos los brazos colgando por detrás de la espalda como si estuviéramos rompiendo una regla de afecto. Puede que sea así. Tiene la mano caliente y húmeda, como yo. Las dos nos apretamos con tanta fuerza que me clava las uñas en la piel y yo se las clavo a ella. Esta es la tercera vez que nos cambian de ubicación desde que llegamos a Auschwitz. Hemos pasado por un edificio vacío como lugar de espera, por un hospital para que nos examinaran y parece que ahora vamos a trasladarnos a un hospital diferente: un edificio deprimente sin luz natural. Cada transición es como girar una esquina en un laberinto oscuro sin saber quién nos espera o qué necesitarán ahora de nosotras.

Aunque el interior de cada edificio es ligeramente diferente, todas las fachadas son iguales: bloques de ladrillos carcomidos con ventanas oscuras, algunas tapiadas con tablones para evitar que se pueda ver desde el interior. Esta puerta de entrada parece hecha de acero y suena como un platillo cada vez que se abre y se cierra.

Las paredes interiores son de un verde claro y los suelos están cubiertos de mugrientas baldosas marrones. Desde la distancia, cada pasillo adyacente parece igual, pero por nuestra experiencia en el anterior hospital sabemos que cada habitación tiene un propósito diferente: en algunas se mata a los reclusos, en otras se llevan a cabo operaciones frente a una audiencia, en otras se realizan experimentos y luego hay otras dedicadas a la observación. El olor acre a formaldehído y sulfuro impregna el aire y

me obliga a respirar solo lo estrictamente necesario. El sabor a huevos podridos que noto en la lengua es un efecto secundario del hedor y ojalá pudiera ignorarlo.

Estamos en una fila con otra veintena de gemelos siguiendo al hombre que está al mando. Alguien susurra que se refieren a él como el «Ángel de la Muerte». No estoy segura de qué significa eso, pero prefiero no saberlo.

A medida que nos adentramos en los pasillos desolados, oímos un sinfín de exclamaciones inquietantes, gemidos y gritos salvajes. Me duele el pecho, es una reacción instintiva que llevo intentando acallar desde el día que salimos de aquel oscuro vagón para ganado.

–Conejillos de Indias nuevos –dice alguien a lo lejos.

Tiene un marcado acento alemán y una risa siniestra sigue al comentario... Un guardia de las SS que disfruta de su poder y autoridad.

Me gustaría agarrar de la mano a mi hermana y salir corriendo para salvar nuestras vidas, pero no hay modo de escapar y ya hemos visto qué les pasa a los que lo intentan. Un chasquido, una bala, otra vida perdida.

Pasamos por una puerta abierta y me digo a mí misma que debo mantener la mirada fija en la espalda encorvada de la chica que tengo delante, pero la escena es un metal para el imán de mi curiosidad.

Se me revuelve el estómago y siento la necesidad de tragar saliva para evitar el vómito. Cierro los ojos e intento dejar de ver ese horror, pero es demasiado tarde.

Una respiración pesada y entrecortada capta mi atención. Mi hermana nació con la misma curiosidad que yo y ahora ambas conocemos la verdad sobre este edificio.

Puede que esta sea nuestra última parada.

CAPÍTULO 1

MAYO DE 1946

ARINA

Una pintura espesa de color blanco lechoso cubre cada tuerca, perno e imperfección a lo largo de las paredes ásperas y el techo del congestionado camarote que comparto con otras tres personas. La estancia contiene cuatro camas de color avellana apiladas de dos en dos que rodean un lavabo de porcelana con un estante de metal encima para colocar nuestras escasas pertenencias. Una alfombra delgada con un patrón en tonos rojos y marrones cubre lo que debe de ser más acero bajo nuestros pies. La única salida del camarote es a través de una puerta estrecha por la que algunos tienen que pasar de lado y que da a un pasillo lleno de camarotes idénticos. Estoy acostumbrada al estilo de vida de clase baja, así que no debería tener motivos para quejarme. Sin embargo, estoy harta de que me consideren de tercera clase.

El área común y el comedor también carecen de encanto. Hacinaamiento y un aire viciado y caliente que apesta a pescado ahumado. Los insistentes llantos de los bebés resuenan por todas las paredes que nos rodean, ofreciéndonos un murmullo constante de ruido blanco día y noche.

Desde que subí al barco, he decidido quedarme en mi cama tantas horas de vigilia como me sea posible. Ojalá pudiera pasarme los días durmiendo, el tiempo transcurriría más rápido.

–No creo que quede mucho –dice la chica que está en la litera encima de la mía. Habla suficiente por las cuatro–. Sé que Estados Unidos será todo lo que siempre he imaginado. ¿Estáis de acuerdo?

Durante los tres días y medio que llevo en el barco desde que zarpamos de Polonia, he estado escuchando a esta chica parlotear de todo y de nada. Aun así, no sé cómo se llama y dudo que alguna de ellas me conozca como Arina. No obstante, el último año no he sido más que un número, así que no me parece mal permanecer en el anonimato.

Las otras dos chicas no han dicho gran cosa. No nos conocíamos antes de que nos asignaran este camarote, pero parece que tenemos todas la misma edad, unos dieciséis o diecisiete años, y que también viajan solas, sin sus familias. Supongo que habrán tenido una vida parecida a la mía, pero espero por su bien que no hayan sufrido semejantes horrores.

–No será muy diferente del agujero en el que vivimos –contesta otra chica. Está en la cama de abajo, al otro lado del lavabo que separa las dos literas–. No tengo intención de reventar tu burbuja, Sylvia, pero estoy segura de que las vistas no serán mejores y de que las reglas serán más estrictas.

Supongo que esas dos chicas sí debían de conocerse de antes, puesto que ayer ya tuvieron un intercambio parecido, pero al menos ahora sé el nombre de la muchacha alegre.

–Por Dios, no deberías ser tan pesimista –entona Sylvia y su voz se ve acompañada por el tintineo de los muelles del colchón.

Yo antes era como Sylvia, la chica que intentaba llevar risas y felicidad a todo el mundo sin importar la situación. Ahora me parezco más a Nora, mi gemela, que es... era la más tranquila de las dos.

–Además, la guerra se ha acabado y nos espera una vida nueva –continúa Sylvia–. Deberíamos estar agradecidas.

–Basta –dice la tercera chica en la litera superior paralela a la mía–. Ya es todo bastante difícil, no hace falta ponerse a discutir. Somos todas huérfanas, ¿verdad?

–Sí –respondo, y escucho la contestación de las otras tres.

Una a una, como un grifo que gotea, responden con un sonoro «sí».

Me pregunto si estas tres chicas acabarán en el mismo sitio que yo o si nos separarán al llegar a Nueva York.

Un mareo provocado por el sutil vaivén de la corriente me empuja contra la colcha de lana verde. Me pongo de lado de cara al metal pintado de blanco y apoyo el brazo en la almohada. No pasa mucho tiempo hasta que mi mirada se desvía a mi piel quebradiza y a las cicatrices rosadas que tengo del año pasado. El médico dijo que tenía venas malas. Quise responderle al ladrón de sangre diciéndole que era mejor eso que tener mala sangre porque eso es lo único que tenía él en el cuerpo. Todavía me pregunto cómo es posible que un ejército de personas se despierte un día y decida odiar a todo ser humano que no tenga su perfil genético de cabello rubio y ojos azules. Son seres crueles que no aceptarán a nadie distinto a ellos. Desde el momento en que me encontré por primera vez ante esta crueldad inhumana, supe que estaba en el centro de un mundo que se derrumbaba.

Debrecen, Hungría **DOS AÑOS ANTES, MARZO DE 1944**

Nora y yo hemos estado colocando una fila de fichas de dominó desde un lado del sofá del salón hasta el hueco de la escalera que hay en el otro extremo de la estancia. Aparte de la cocina y el baño, es el único espacio que no tiene alfombra. Las fichas de dominó son inestables y no se mantienen en pie ni siquiera sobre la estrecha alfombra oriental que tenemos junto a la escalera.

–Ma-ma-mamá está en casa –anuncia Nora–. Solo una más.

Se pone tiesa como una tabla, entorna el ojo izquierdo y se muerde la lengua mientras coloca en el sitio la ficha más importante.

Cuando Nora se aparta del laberinto de fichas, se me relajan los hombros y me seco el sudor invisible de la frente.

–¿Ha dicho adónde iba?

Me he levantado más tarde de lo habitual y ya se había ido cuando he bajado la escaleras.

–Ha-ha-ha dicho algo sobre unos re-re-recados que tenía que hacer en el ce-ce-centro. Me estaba lavando los di-di-dientes y no la he oído bi-bien con el grifo abierto.

–Pareces nerviosa –digo, consciente de que Nora tartamudea más cuando no piensa mucho antes de hablar.

–No-no-no estoy ner-ner-nerviosa.

Sí que lo está. Nora nació con tartamudez y, aunque apenas lo noto la mayor parte del tiempo, cuando hay más palabras tartamudeadas que seguidas, sé que algo va mal... que hay algo que no me está contando.

Mamá acaba de entrar por la puerta trasera, la de la cocina, algo que hace a menudo cuando viene con las manos llenas, pero hoy no nos toca recoger las raciones de la semana.

–Niñas, por favor, venid a la cocina.

Nora y yo intercambiamos una mirada idéntica con las preguntas reflejadas en los ojos.

–No-no-no las tires cuando pa-pases por al la-la-lado.

–¿Por qué iba a tirarlas?

–Po-po-porque andas como un go-go-gorila –continúa Nora.

Me río disimuladamente porque es cierto. A ella nunca la oye nadie bajar las escaleras porque tiene un andar ligero, pero, a pesar de que tenemos la misma estatura y el mismo peso, papá y mamá dicen que a mí pueden oírme a través de un campo de maíz.

Sorteando con cuidado las fichas de dominó, entro en la cocina de puntillas y me encuentro a mamá inclinada sobre la mesa de arce redonda con pedestal desgastada por los años de uso. Parece estar organizando y clasificando lo que ha traído a casa.

–Ma-ma-mamá... –dice Nora.

La conmoción parece haberle robado el aliento.

Me pongo al lado de mi hermana y dirijo la mirada a la mesa examinando las dos pilas cuidadosamente colocadas de tejido

amarillo, unas tijeras plateadas afiladas y dos bobinas de hilo negro, cada una con una aguja clavada en la capa superior. No me hace falta forzar la vista para saber qué estoy mirando: el ejército de Hitler nos ha encontrado en la pequeña ciudad de Debrecen.

–Hemos tenido suerte hasta ahora, pero las leyes han cambiado en los países limítrofes y Hungría ya no forma parte de las excepciones.

–¿Esto si-si-significa...? –Nora empieza a plantear una pregunta que no logra salir de sus labios.

Todas sabemos lo que significa, pero no queremos admitirlo en voz alta. Paso los dedos por la tela amarilla.

–Significa que los nazis están aquí y que el primer ministro ya no nos protege. Los alemanes están aquí y han ocupado Hungría, ¿verdad, mamá? –inquiero.

Mi madre se coloca entre las dos y nos pone los brazos en la espalda.

–Sí, querida. Se supo la noticia hace un par de días, pero estaba esperando un milagro, ya que nuestro país había logrado contenerlos anteriormente. –Hace una pausa y resopla–. Sin embargo, parece que han vuelto con fuerza bruta.

–¿Po-po-por qué hay ta-ta-tantas es-es-estrellas a-amarillas? –pregunta Nora.

Mamá recoge las estrellas en un montón pequeño y coloca las manos encima.

–He leído que en otros países obligan a los judíos a coserlas en la parte delantera y trasera de todas las prendas que llevan –respondo–. ¿Aquí pasa lo mismo? Si es así, no es gran cosa. Solo es la estrella de David y los judíos somos un pueblo orgulloso.

–Arina –dice mamá–, me alegro de que estés al día en ese tema, pero no estoy segura de que entiendas la gravedad de todo esto. No quiero meteros miedo, pero que nos etiqueten como judías con estos parches de estrellas amarillas puede conllevar un cambio en la gente..., un cambio en cómo nos verán los que no son judíos.

–Estoy orgullosa de ser judía. Una estrella amarilla no hará que sienta lo contrario.

A mamá le brillan los ojos al borde de las lágrimas, pero consigue esbozar una sonrisa temblorosa con sus labios pintados de color fresa.

–Quiero que subáis arriba las dos y busquéis los jerséis que más os ponéis. Empezaré cosiendo los parches en esos.

Nora se da la vuelta sin decir nada más. Mamá se apila las estrellas en las manos y aprieta los puños. Cierra los ojos y una lágrima le cae por la mejilla. No sé qué decir. Me muerdo el labio inferior y echo un vistazo a la cocina. Me fijo en el cesto de fruta vacío, en las encimeras desnudas, en las ollas y sartenes esperando los ingredientes para la cena de esta noche, en las cortinas cortas que cubren las ventanas que hay sobre el fregadero.

Esta sigue siendo nuestra casa, mientras estemos juntos, nadie podrá arrebatarlos eso.

–Puedo ayudarte, mamá –me ofrezco.

–Gracias, cariño, pero me las arreglaré. Ve con tu hermana.

Cuando salgo de la cocina, oigo a papá que entra por la puerta de atrás silbando.

–No te he visto entrar, querida. Estaba preparando la tierra del jardín para poder plantar semillas en un par de semanas. Se nota cierta calidez en el aire, puede que este año tengamos suerte y llegue pronto la primavera.

Mi padre siempre está alegre y optimista. Mi madre dice que por eso me paso el día soñando despierta, porque me parezco a él. Pero, en este caso, no estoy segura de que él sepa qué acaba de traer mamá a casa.

–Henrik –dice ella.

Su nombre le pesa en la lengua. Los tacones de los zapatos con cordones de mamá resuenan en el suelo cuando se acerca a él.

–¿Qué es todo esto? –pregunta papá–. Estos parches... ¿Son lo que creo que son? ¿Ahora tenemos que ponérmolos? Los alemanes solo llevan unos días en nuestro país. Esto es absurdo, Danica. Me niego.

No puedo soportar seguir escuchando porque sé que la ira de papá no servirá de nada y que mamá se quedará mirándolo fijamente hasta que respire profundamente y se disculpe por su reacción. Papá siempre me ha dicho que es importante no hacer enfadar nunca a una persona alegre porque se quedará anclada en ese sentimiento y nadie quiere eso.

Noto los pies más pesados de lo habitual al subir las escaleras. Es como si toda la energía hubiera sido drenada de mi cuerpo.

Me preocupa el ruido de los cajones abriéndose y cerrándose cuando entro en nuestro dormitorio.

Las lágrimas brotan de los ojos de Nora mientras revisa sus jerséis doblados como si estuviera a punto de entregarle a un desconocido sus posesiones más preciadas.

–No tienes que preocuparte, Nora –le digo–. No nos servirá de nada.

–Te-te-tengo miedo. Tú deberías estar más pre-pre-preocupada –contesta mientras se coloca su larga melena de un tono castaño dorado por detrás de los hombros.

Normalmente, lleva trenzas y yo suelo llevarlo suelto, pero hoy soy yo la que se ha hecho trenzas. A pesar de que somos idénticas en casi todos los aspectos, cada una tiene su propio tono de voz y nuestras opiniones y personalidades a menudo son como el día y la noche. Me gusta pensar que eso nos proporciona la habilidad de equilibrarnos.

Camino entre nuestras camas, cada una a un lado de la ventana de cuatro paneles que hay frente a la puerta, y apoyo los codos en el alféizar para contemplar nuestro pequeño patio trasero rodeado de parterres dentro de una cerca desvencijada que construyó papá cuando éramos pequeñas.

–No nos queda más remedio. Tenemos que ser valientes y todo saldrá bien. Si nos rendimos ahora, ¿qué esperanzas nos quedan de que cambien las cosas?

Nora gime, su frustración exige toda mi atención. Me doy la vuelta justo a tiempo para verla azotar un jersey encima de la cama como si quisiera sacarle el polvo a una alfombra. No

hace falta que me diga que está asustada y enfadada. Lo entiendo.

–Arina, busca tus je-je-jerséis –me dice mientras tira del cajón para abrirlo más.

–Soy más mayor y algunos dirán que por ese motivo soy más sabia. Así que escúchame –argumento mientras me levanto y me acerco a mi cómoda, que es igual que la suya.

–Eres la mayor por quince minutos –replica.

–Eso son quince minutos más de experiencia vital de los que tienes tú –contesto en un intento de hacerla reír.

La peor parte de que Hungría haya resistido más que muchos otros países durante la ocupación alemana es que hemos tenido el privilegio de escuchar transmisiones de radio, leer periódicos y escuchar historias de vecinos que tienen familia en otras regiones de Europa. Los nazis han sacado a las familias judías de sus casas, las han enviado a guetos, a campos de concentración y muchas han muerto incluso por desnutrición, falta de cuidados médicos y cosas peores. Ojalá esas historias fueran solo ficción, pero, como diría mamá, sería una tonta si pensara eso. Tenemos que prepararnos para lo que puede suceder y hacer todo lo posible por mantenernos a salvo.

Nuestra ciudad de Debrecen es tan pequeña que me resulta difícil imaginar que estemos en el radar de alguien, al menos al principio.

–*I walk along, with my fluttering heart... stormy weather* –canto una de mis melodías favoritas–. *It's cloudy and raining, all...*

–Arina –me interrumpe Nora–. No, po-po-por favor. No te-te sabes ni la le-le-letra de la ca-canción.

Nunca se queja cuando canto, más bien al contrario, dice que si está alicaída la hace sentir mejor. Supongo que esta vez no es así.

Frustrada, rebusco en el cajón de en medio jerséis que llevarle a mi madre.

–*It's only a bit of stormy weather* –canto en susurros.

CAPÍTULO 2

**Bougival, Francia
MAYO DE 1946**

NORA

He dibujado este interruptor de luz más veces de las que puedo recordar desde que llegué aquí, al Château de Cœur. El nombre del orfanato es más bonito que cualquier otra parte del establecimiento, pero es opulento comparado con dónde estaba viviendo antes y este maravilloso interruptor destaca por su decoración detallada enmarcado con adornos de latón y embellecedores entretejidos. El interruptor se asemeja a una gota de lluvia que amenaza con caer de una brizna de hierba y al encenderse suena como una cerilla. Antes odiaba la lluvia, pero ahora me recuerda a la dulce voz de Arina al cantar acerca de una tormenta. La última vez que empezó a entonar la letra hace dos largos años le dije que se callara. Si hubiera sabido lo que se nos venía encima..., la habría cogido de la mano y nos habríamos escondido debajo de la cama para cantar las dos.

—¿Por qué no pruebas con ese agujero enorme de la pared? No le has prestado ninguna atención en comparación con el interruptor de la luz —comenta Elek, entrando en la habitación de las chicas mayores.

Como es habitual cada vez que viene a visitarme, oigo su sonora voz antes de ver su rostro, puesto que la puerta está detrás de mi cama.

El estrecho espacio está rodeado de paredes pintadas de azul celeste y molduras de roble. Lo único que interrumpe el patrón de la pared es ese agujero que lleva ahí tres meses. Una mucha-

cha tropezó con la rueda de un carrito médico en mitad de la noche, lo que provocó que el pesado metal se estrellara contra la pared. Uno de los manillares perforó el frágil yeso. Es fácil tropezar cuando somos treinta chicas de entre quince y diecisiete años compartiendo espacio. Soy la única que sigue sentada en la cama a estas horas de la mañana. Las demás probablemente estén dando un paseo rápido por los jardines para digerir mejor el desayuno.

Elek zigzaguea entre los postes metálicos hasta que llega a los pies de mi cama. Golpea la barandilla con una mano y me bloquea la visión del interruptor de la luz. No puedo evitar que la sombra de una sonrisa asome a mis labios.

–No puedes quedarte aquí toda la mañana –me dice.

Dejo caer mi cuaderno de dibujo en el regazo y me recuesto contra la almohada concediéndole lo que me pide: mi atención.

Casi parece demasiado mayor para estar aquí, pero supongo que es algo común tanto en las habitaciones de los chicos como en la nuestra. No parece haber una gran diferencia entre los quince y los diecisiete. Elek es alto o, al menos, mucho más alto que yo. También es igual de delgado que yo, pero ha recuperado una cantidad saludable de peso desde que vivimos aquí. La mayoría llegamos demacrados. No estoy segura de si reconocería a la chica que era entonces o al chico que era Elek.

A Elek le gusta mirarme fijamente porque sabe que me pongo nerviosa y me sonrojo. Ese juego lleva demasiado tiempo en marcha. O quizá no lleve el tiempo suficiente. Intento seguirle el juego y mirarlo del mismo modo, pero el corazón me late con tanta fuerza que seguro que puede oírlo y la habitación se calienta tanto que me siento como si estuviera dentro de una tostadora. Son sus ojos... ese misterioso brillo azul que atraviesa los mechones de cabello oscuro que le caen en la cara. Sabe que me romperé y que será la primera en apartar la mirada. Y eso hago.

–Vamos, Nora. Hace un día precioso y tus pulmones necesitan aire fresco más que esas cloacas podridas de fuera. Hace casi

una semana que no sales del edificio y no puedo aceptar otra negativa –declara Elek.

El aire fresco no me arreglará. Los médicos que me examinaron cuando nos liberaron de Auschwitz me diagnosticaron una lesión cerebral sin posibilidades de recuperación. Teniendo en cuenta el tiempo que ha pasado desde entonces, me impresiona tristemente lo exacto que fue su análisis con solo unas pruebas menores.

Niego con la cabeza y alargo el cuello a un lado para volver a centrar la atención en el interruptor, ya que quiero visualizar el contorno una vez más antes de acercar la punta del lápiz al papel.

–No hace falta que me lo pongas siempre tan difícil –se lamenta justo antes de coger la silla chirriante plegada junto a la cama.

La silla se abre con una sola sacudida y él golpea la palanca de metal para dejarla en esa posición.

Recupero mi cuaderno de dibujo y el lápiz y me preparo para hacer el primer trazo sobre el papel, el borde de la parte superior del interruptor.

–No me dejas elección –añade Elek con un gruñido.

Pisa el suelo con fuerza y se coloca delante del interruptor, tapándome la vista. Elek sabe cómo hacerme enfadar, pero también sabe que disfruto jugando al gato y el ratón. De hecho, se ríe cuando frunzo el ceño y sonrío cuando resoplo.

Nunca he tenido un amigo como él, alguien que entienda qué estoy pensando o que sea capaz de detectar cada pico y cada valle de mi estado de ánimo silencioso. Nadie ha podido hacerlo desde Arina... Pero es como si Elek y yo hubiéramos sido abandonados para quedarnos con el otro de entre los restos de los prisioneros de Auschwitz. Nos encontramos mutuamente hace casi un año y medio en un centro de refugiados de la Cruz Roja después de la liberación. Como gemelos solitarios y traumatizados después de vivir una pesadilla, sin duda Elek y yo necesitamos estar en la vida del otro.

Una vez más, dejo caer el cuaderno y el lápiz en mi regazo y los aparto a un lado mientras lo miro con los ojos entornados.

–Tu resistencia se está debilitando –bromea, y sus hoyuelos se profundizan mientras se aparta del interruptor con aire orgulloso.

Presiono los puños contra la cama y me deslizo hacia la silla mientras le indico que la sujete para poder sentarme.

–Te tengo –murmura.

Sabe que los frenos también me sostienen, pero sus palabras encienden un estallido de chispas en mi abdomen.

Agarrándome al reposabrazos derecho de la silla, me siento y dejo caer la pierna buena a un lado de la cama antes de bajar la otra.

–Ha salido el sol, hace buen día, las flores están preciosas y todo el jardín huele a lilas. No puedo permitir que una amiga se pierda un día tan bonito. Ni siquiera por un interruptor.

Elek podría hablar solo todo el tiempo necesario, algo que yo nunca he sido capaz de hacer. Puede que él piense que antes era más expresiva, pero siempre he sido muy particular a la hora de mantener secretos y establecer conexiones con objetos o paisajes que pasan desapercibidos. Sin embargo, ahora también deseo centrarme en la única persona que me ofrece una fuente de luz gracias a la cual puedo ver todos los detalles que me habrían pasado por alto de lo contrario.

Debrecen, Hungría **DOS AÑOS ANTES, ABRIL DE 1944**

El sol brilla en lo alto del cielo, escondido tras una nube de algodón. Proyecta una tenue sombra sobre los escalones de cemento de la puerta de casa y las temperaturas cálidas transportan la fragancia de los narcisos. Queda un charco solitario como prueba de la tormenta de la noche anterior cuyos remolinos reflejan colores intensos como el morado del Maserati de nuestro vecino.

Acerco la punta del lápiz al cuaderno de dibujo y trazo un punto de fuga y la línea del horizonte para formar la perspectiva de mi visión desde el primer escalón.

–Nora, cariño, hoy no deberías salir –grita la señora Varga desde su jardín en la puerta de al lado.

Es nuestra vecina de toda la vida. Su marido, el señor Varga, falleció hace unos años por unas complicaciones cardíacas, así que la invitamos a cenar todos los domingos para asegurarnos de que nunca esté demasiado sola. Sus hijos se mudaron a Budapest y solo la visitan de manera ocasional. Me preocupo a menudo por la señora Varga porque no estoy segura de poder ser feliz viviendo sola como ella, sobre todo teniendo en cuenta que Arina y yo nunca hemos pasado más de unas pocas horas separadas. Es una idea inconcebible. La brisa le agita el cabello gris, le echa hacia atrás los rizos sueltos exponiendo su frente y unas líneas de expresión que me hacen pensar que está molesta. Pero puede que sea porque estoy sentada en el porche en mitad del día.

–Estoy bien, se-se-señora Varga. No ti-ti-tiene de qué pre-pre-ocuparse.

Me parece que no está de acuerdo, porque se quita los guantes de jardinería y los lanza encima de su regadera de hojalata antes de abrirse paso entre los arbustos que separan nuestros jardines.

–Nora, por favor, entra y dile a tu madre que...

Suspira y se acerca más aún hasta pisar mi sombra. Se inclina y se pone las manos en las rodillas para que lo que va a decir llegue solo a mis oídos. Cuando abre la boca, percibo el olor a miel y albaricoque de su té de la mañana.

–Necesito que le digas a tu madre que corren rumores de que los nazis están reclamando nuestras propiedades. Otras ciudades y pueblos ya han sufrido evacuaciones y están enviando a la gente a guetos.

Quiero preguntarle por qué está en el jardín si está tan preocupada, pero debe de darse cuenta de que desvió la mirada hacia los montículos de tierra recién removida.

–No van a quedarse mis plantas recién plantadas. Las he arrancado.

Me envuelve el brazo con la mano.

–Sí, señora, iré a informar a mi madre.

Me levanto sosteniendo el cuaderno de dibujo contra mi pecho y apretando con más fuerza el lápiz.

Que los nazis puedan decirnos que nos marchemos de nuestra casa debería ser una afirmación absurda, pero no es ningún rumor. No esperarí­a menos de gente que nos odia tanto. No les importa que llevemos toda la vida viviendo aquí. Se me cierra el estómago cuando asimilo el significado de su advertencia. La señora Varga no me habría mencionado nada si no lo hubiera oído de una fuente fiable.

La puerta de color marrón chocolate se abre cuando vuelvo al interior de nuestro salón vacío. No me hace falta preguntarme dónde están mamá y papá, ya que se oyen ruidos cada vez más fuertes arriba. Desde que papá perdió su trabajo en el molino de trigo se pasa casi todo el día en casa y se esfuerza más de lo necesario por ayudar a mamá con las tareas del hogar. A veces me pregunto si van pisándose el uno al otro.

Subo las escaleras, llena de curiosidad por oír de qué están hablando y preguntándome dónde estará Arina. Estoy casi segura de que tiene la oreja pegada a la pared de nuestro dormitorio. No tenemos la costumbre de escuchar sus conversaciones a escondidas, pero desde el mes pasado parece que oculten algo porque no dejan de gritarse el uno al otro en susurros. Mamá y papá no son de los que discuten a menudo y es evidente que no quieren que oigamos de qué están hablando.

La puerta de su dormitorio está cerrada y Arina ha apoyado un vaso contra la pared para oír mejor.

–¿Qué-qué-qué pasa? –pregunto, colocándome a su lado para escuchar yo también.

–Mamá ha dicho algo sobre hacer una maleta para cada uno y papá está discutiendo con ella porque dice que no nos hace falta hacer ninguna maleta, ya que no vamos a irnos a ninguna parte.

Se me tensan los hombros y me pregunto si habrán oído las mismas noticias que la señora Varga.

–Pu-pu-puede que mamá tenga razón. Supongo que no hace falta que los interrumpamos para decirles algo que ya saben.

Arina se aparta de la pared y lanza el vaso sobre la cama.

–No, no nos vamos a ir a ninguna parte. Mamá siempre se preocupa demasiado. Eso es todo.

Arina se coloca el pelo detrás de las orejas y se deja caer frente al tocador que compartimos en la esquina. Coge su cepillo blanco de cerámica y se lo pasa lentamente por los largos mechones de pelo. El aire reflexivo de su mirada me dice que se está debatiendo entre si mamá da demasiado importancia a los rumores o si tal vez deberíamos escucharla.

Con el pulso retumbándome en los oídos, me acerco a mi cama, dejo el cuaderno y el lápiz y me arrodillo para sacar mi maleta de cuero desgastada. Cuando la abro, pienso en todo el tiempo que ha pasado desde la última vez que necesitamos una maleta. No hemos podido viajar a ningún sitio porque las leyes nos impiden a los judíos abandonar nuestro santuario, el que creíamos que era seguro hasta ahora.

–¿Qué estás haciendo? –pregunta Arina, y corre hacia mí para cerrar la maleta de golpe.

Mi hermana me fulmina con la mirada. Como si se diera cuenta de repente, agacha la cabeza y se le hunden los hombros.

–No pueden quitarnos nuestra casa. No pueden. ¿Verdad?

No sé más que ella. Me encojo de hombros porque no tengo nada que decir.

Arina se gira hacia su cama y se arrastra como si estuviera andando sobre una tabla mal equilibrada sobre las aguas rabiosas del mar. Se arrodilla y saca su maleta. Es como la mía, pero con pegatinas y postales pegadas por encima de recuerdos de cuando viajábamos por Europa para visitar a nuestros familiares esparcidos en montones de regiones diferentes de Francia y Ucrania.

Las dos nos dirigimos primero a los cajones superiores de nuestras respectivas cómodas para empezar por la ropa interior.

–¿Qué estáis haciendo? –pregunta mamá, entrando a la habitación.

No nos habíamos dado cuenta de que se había acabado la discusión.

–Haciendo la maleta, por si acaso –responde Arina.

Mamá cruza los brazos sobre el pecho, justo por debajo de su colgante de la estrella de David.

–¿Nos estabais escuchando a escondidas?

–No-no-no –me apresuro a responder–. La señora Varga me dijo que ha o-o-oído que a las familias ju-ju-judías las están sacando de sus ca-ca-casas. He su-su-subido para hablar contigo, pero te-te-tenías la puerta ce-ce-cerrada.

Arina parece aliviada por no tener que admitir que estaba espíándolos, pero aun así se traga el nudo de la garganta con tanta fuerza que la oímos.

Mamá suelta un suspiro.

–Es difícil saber qué nos depara el futuro. En otros países, los alemanes avisaron a las familias judías antes de que tuvieran que salir de sus casas, pero no podemos preguntarnos cómo o cuándo. Deberíamos prepararnos. –Mamá estira los brazos hacia nosotras y ambas aceptamos el abrazo–. Esto escapa de mi control y del de papá.